

UN CORAZÓN POR CONQUISTAR

Johanna Lindsey

Traducción de Marc Barrobés



1

Rose Warren dejó de llorar justo antes de que su hija Tiffany abriera la puerta de su mansión de piedra rojiza, pero no podía quitarse de la cabeza las palabras que habían provocado sus lágrimas: «Ven con ella, Rose. Ya hace quince años, ¿no crees que ya nos has torturado bastante?»

Habitualmente dejaba que fuera su hija, que había cumplido los dieciocho años el mes anterior, quien leyera las cartas de Franklin Warren. Frank solía escribirlas impersonales para que Rose pudiera compartirlas con su hija. Esta vez no lo había hecho, así que Rose la plegó y se la metió en el bolsillo en cuanto oyó la voz de Tiffany en el vestíbulo. La joven no conocía el auténtico motivo por el cual sus padres no vivían juntos. Ni siquiera Frank sabía el motivo real que ella había tenido para dejarlo. Y después de tantos años, era mejor que siguiera así.

—¡Tiffany, ven al salón, por favor! —le gritó Rose antes de que pudiera subir a su habitación.

Con la luz de la tarde centelleando en su cabello rubio rojizo, Tiffany se quitó el sombrero mientras entraba en el salón y luego la capa corta y fina que llevaba sobre los hombros. El tiempo era ya demasiado caluroso para un abrigo, pero aun así una dama de Nueva York tenía que vestir respetablemente cuando salía de casa.

Rose miró a Tiffany y recordó una vez más que su pequeñi-

na ya no era tan pequeña. Desde que su hija había cumplido los dieciocho años, Rose había rezado más de una vez para que dejara de crecer. Ya estaba bastante por encima de la media de metro setenta y a menudo se quejaba de ello. Tiffany era tan alta por su padre, Franklin, y también tenía sus ojos verde esmeralda, aunque ella no lo sabía. Tenía los huesos delgados de Rose y unas facciones delicadas que la hacían más que bonita, aunque solo en parte había heredado el cabello pelirrojo de su madre; el de Tiffany era más bien cobrizo.

—He recibido una carta de tu padre.

Ninguna respuesta.

Tiffany solía emocionarse con las cartas de Frank, aunque de eso hacía ya mucho tiempo, más o menos por la época en que había dejado de preguntar cuándo las visitaría.

A Rose le rompía el corazón ver la actitud de indiferencia que había adoptado su hija hacia su padre. Sabía que Tiffany no conservaba ningún recuerdo de él. Era demasiado pequeña cuando Rose y ella se habían marchado de Nashart, en Montana. Rose sabía que debería haber dejado que se conocieran a lo largo de todos aquellos años. Frank había sido magnánimo enviándole a los chicos, aunque ella estaba segura de que lo había hecho para hacerla sentir culpable por no corresponderle y permitir que su hija lo visitara. Temía que Frank no dejara que Tiffany volviera a casa con ella. Era un temor infundado, su peor pesadilla. En un exabrupto, la había amenazado con quedarse a su hija. La había amenazado con muchas cosas con tal de volver a reunir a su familia. ¡Y ella ni siquiera podía culparlo por ello! Pero eso no iba a ocurrir. Imposible. Y ahora tendría que enfrentarse a su peor miedo: que cuando Tiffany se fuera a Montana, ella jamás volviera a verla.

Debería haber insistido en que el prometido de Tiffany viniera a Nueva York a cortejarla. Pero eso habría sido la gota que colma el vaso para Frank, que había respetado el deseo de Rose durante quince años y se había mantenido alejado de ella. Pero había llegado el año en que ella le había prometido que Tiffany volvería a vivir bajo su techo. Rose no podía mantenerlos se-

parados por más tiempo y seguir con la conciencia tranquila.

Tiffany se detuvo ante ella y alargó la mano reclamando la carta, pero Rose, en vez de dársela, le señaló el sofá.

—Siéntate.

Su hija arqueó la ceja al negársele la carta, pero tomó asiento frente a ella. La sala era espaciosa. La mansión era espaciosa. Los padres de Rose descendían de una familia rica del Viejo Mundo, y toda su riqueza era ahora suya. Cuando Rose había vuelto de Montana con su hija de tres años, había encontrado a su madre recuperándose de una serie de enfermedades que la habían dejado inválida durante los cinco años que Rose había estado fuera. La anciana solo duró cuatro años más, pero al menos Tiffany tuvo la oportunidad de conocer a su abuela.

Aquella había sido una época dolorosa para Rose. Había tenido que abandonar a su marido y a sus tres hijos varones y luego había perdido a su único progenitor vivo. Pero al menos le había quedado Tiffany. Probablemente se habría vuelto loca de pena si también hubiera tenido que abandonarla a ella. No obstante, ahora también había llegado el momento para eso...

—¿Ya vuelve a tocar charla? —preguntó la joven con tono de hastío.

—Te has vuelto muy insolente desde que cumpliste los dieciocho —observó Rose.

—Si es así como quieres llamar a ese resentimiento que me carcome, pues adelante. Llámalo insolencia.

—Tiffany...

—No pienso ir a Montana, mamá. No me importa si eso implica un derramamiento de sangre. No me importa si eso implica que jamás volveré a ver a mis hermanos. Me niego a casarme con alguien a quien no conozco —dijo Tiffany cruzando los brazos y alzando la barbilla desafiante—. Ya está, por fin lo he dicho y no voy a cambiar de opinión.

—Estoy de acuerdo.

Tiffany abrió los ojos como platos antes de chillar aliviada.

—¡Gracias, mamá! No te imaginas lo mal que me sentía con la perspectiva...

—Deberías dejarme terminar. Estoy de acuerdo en que no te cases con un hombre al que no conoces. Irás a Montana para conocerlo. Tendréis varios meses para conocerlos. Cuando termine este tiempo, si no es de tu agrado, entonces sí, podrás romper el compromiso y volver a Nueva York antes de que llegue el mal tiempo. Te doy mi palabra, Tiffany.

—¿Por qué nunca me dijiste que tendría algo que opinar acerca de este matrimonio que papá y tú concertasteis para mí cuando todavía era un bebé?

—Porque tenía la esperanza de que honrases este compromiso por voluntad propia. Quería que crecieras acostumbrada a la idea, esperaba incluso que a esta edad ya incluso lo estuvieras esperando.

—Pero ¿es que Montana todavía está por civilizar!

—¿Podríamos seguir esta conversación sin gritos, por favor? —repuso Rose, y añadió con una leve sonrisa—: El Territorio de Montana no es tan incivilizado como crees. Suponía que tus hermanos ya te habían convencido de ello. Y es uno de los lugares más hermosos que he visto jamás. Puede que incluso te acabe gustando.

—Me gusta Nueva York, donde me he criado, donde viven mis amistades, donde vives tú —refunfuñó Tiffany, y agregó en voz más alta—: Donde los hombres no llevan pistolas al cinturón porque siempre haya que estar preparado para disparar, incluso a las personas. ¿Cómo pudiste aceptar este arreglo, mamá?

—Fui yo misma quien lo sugirió.

Rose nunca se lo había dicho a su hija, y ahora, viendo sus ojos esmeralda abiertos como platos, deseó haber podido explicárselo de otra manera. Pero no había otra.

—¿O sea que eres tú quién me echa a los lobos?

—Oh, santo cielo, Tiff, no seas tan melodramática. Era lo único que podía hacer para poner fin a la enemistad entre los Callahan y los Warren. Aquella franja de tierra con agua entre las dos propiedades no fue ni siquiera lo que comenzó la rivalidad, aunque los dos bandos la utilizan para mantener viva la enemistad, afirmando ambos que les pertenece. Jamás había visto

tanta testarudez. Cada vez que se acercaban a aquella agua al mismo tiempo, había tiros. Si alguna vaca cruzaba el río, no la devolvían, lo que provocaba más tiros. Dároslo a ti y a Hunter Callahan como parte del acuerdo matrimonial terminará con el conflicto.

—¿O sea que asumiste la responsabilidad de poner fin a un conflicto que no es cosa tuya sacrificando a tu única hija?

—Para tu información, jovencita —replicó Rose exasperada—, Zachary Callahan es uno de los hombres más guapos que conozco. No me cabía ninguna duda de que sus hijos crecerían igual de guapos, teniendo en cuenta lo hermosa que era la mujer con quien se casó. No me pareció para nada un sacrificio, estaba convencida de que estarías encantada de casarte con un Callahan. Aunque claro, como forastera veía las cosas de otro modo. Los rancheros eran agresivos, incluso posesivos, sí, aunque no creo que eso fuera algo exclusivo de la zona. Frank y Zachary solo eran dos hombres tercos que no estaban dispuestos a ceder ni un centímetro. Ya la cosa se las traía, y aquella agua en el límite entre ambos ranchos era la gota que colmaba el vaso. Personalmente, no creo que los Callahan sean mala gente. Zachary puede ser un ganadero competitivo y malhumorado, pero tiene fama de marido devoto y buen padre, algo que dice mucho de una familia.

—No te correspondía a ti poner fin al conflicto, mamá. ¿Por qué tuviste que meterte?

Rose no quería agobiarla con los horrores que había vivido en aquella época. Había tiroteos tan a menudo que temía que la siguiente bala alcanzara a alguno de sus hijos. Entonces se le había ocurrido una idea sencilla: poner fin al conflicto con un matrimonio. Cuando le planteó la idea a Frank por primera vez, no sabía que Tiffany y ella no seguirían en Montana. Se imaginaba a Tiffany y Hunter creciendo juntos, siendo amigos primero y con el tiempo enamorándose de una manera natural...

Rose trató de explicárselo a su hija en términos más sencillos.

—Detestaba aquella enemistad, pero también es verdad que

traté de ignorarla hasta la noche en que trajeron a casa a tu padre medio muerto. No fue un Callahan quien le disparó, sino uno de los jornaleros de los Callahan. Es algo curioso del Oeste: los empleados también toman partido y algunos no siguen las órdenes demasiado bien. Pero en cualquier caso, tu padre estuvo a punto de morir y yo estaba tan desesperada por poner fin a aquel derramamiento de sangre que habría hecho cualquier cosa. Y eso fue lo que logré con el compromiso de boda. Desde entonces ha habido tregua. Tus hermanos han podido crecer sin tener que esquivar las balas cada vez que salían del perímetro del rancho.

Rose contuvo la respiración esperando la respuesta de Tiffany. Lo que le había contado a su hija no era ninguna mentira, solo verdades a medias. Aunque era exactamente lo que todos habían pensado cuando le dispararon a Frank. Pero el pistolero no trabajaba para los Callahan. Tenía otro jefe, mucho más despiadado, que era quien movía los hilos. Cuando Rose lo descubrió y supo que no podía culpar a los Callahan, hizo lo único que se le ocurrió para evitar que Frank se vengara una vez recuperado: volvió a sacar la idea de una tregua a través del matrimonio, una manera segura de poner fin a aquella deplorable enemistad de una vez por todas, y esta vez insistió.

Ella era la única que sabía lo que había ocurrido realmente aquella noche y por qué. Y así seguiría. Que Tiffany aceptase un matrimonio arreglado podía ser realmente la salvación para dos familias vecinas demasiado tozudas para ponerse de acuerdo en compartir el agua en vez de combatir por ella. No obstante, Rose no iba a obligar a su hija a solucionar un problema que ya duraba generaciones. Únicamente le pediría que les diera una oportunidad a Montana y a Hunter Callahan.

Afortunadamente, Tiffany mostró curiosidad

—Entonces, ¿qué pasa si decido anular la boda? ¿Volverán a matarse unos a otros?

Rose sintió vergüenza.

—No lo sé. Tengo la esperanza de que estos quince años de llevarse bien les hayan demostrado que jamás deberían haber

perseverado en una guerra iniciada por sus abuelos y que nada tiene que ver con ellos.

—¿Cuál fue el detonante?

—No estoy segura. Algo sobre una boda que acabó en tiroteo.

—¿Quieres decir que ambas familias iban a unirse a través de un matrimonio hace dos generaciones?

—Eso parece.

—No es un buen augurio para tu idea de volver a intentarlo. De hecho, parece que el destino no quiera que se celebre un matrimonio entre las dos familias.

—Con esta actitud seguro que no ocurrirá —replicó Rose con una mirada severa hacia su hija—. ¿Podrías al menos ir a conocer a ese chico sin prejuicios? Dale una oportunidad, Tiffany. Podría hacerte muy feliz.

La joven lo meditó unos segundos antes de admitir:

—Ahora que sé que no tengo que casarme con él obligatoriamente, supongo que puedo intentar considerar el asunto desde otra perspectiva, como unas vacaciones de verano de dos meses en otra parte del país. ¿Cuándo nos vamos?

—Yo no iré. Bueno, no todo el camino. Te acompañaré hasta Chicago y me quedaré allí esperando el resultado de tu cortejo.

Tiffany dejó caer los hombros al oír la noticia.

—¿Y por qué te tomas la molestia, si no piensas llegar hasta el final?

—Porque quiero estar relativamente cerca por si acaso me necesitas, y con el ferrocarril que ya conecta con Nashart, Chicago queda bastante cerca. Anna irá contigo, por supuesto. Y he dispuesto que un sheriff jubilado se reúna con nosotras en Chicago para escoltarte durante el último tramo de tu viaje y dejarte sana y salva en la puerta de casa de tu padre.

Rose iba a romper a llorar si Tiffany no cambiaba aquella expresión tan triste ante su inminente separación.

—¿No te sientes siquiera un poco emocionada con el viaje? —preguntó esperanzada.

—No —respondió la chica con tono monocorde mientras se levantaba para salir de la sala.

—¿Ni por volver a ver a tu padre?

—¿Volver? —Se volvió con un gruñido—. Ni siquiera lo recuerdo; tú y él ya os asegurasteis de que no tuviera ningún recuerdo de él. Así que te seré sincera, mamá: si pudiera acabar con todo esto sin siquiera ver a Franklin Warren, lo haría.

—¡Tiffany!

—Hablo en serio, y no me salgas con tus justificaciones sobre por qué me he criado sin un padre. Si realmente hubiera querido verme, ya habría encontrado la manera. Pero no quiso. Y por mi parte, ya es demasiado tarde.

Rose vio lágrimas de ira brotando de los ojos de Tiffany mientras se marchaba corriendo del salón. Dios santo, ¿qué les había hecho a las personas que más amaba?

2

Tiffany detestaba discutir con su madre, tanto que todavía sentía un doloroso nudo de emociones en el pecho cuando bajó a cenar aquella noche. Pero a su madre le bastó una mirada para entenderlo y le tendió los brazos. La joven corrió hacia ellos para que la abrazasen. Las dos se rieron al poco rato porque Tiffany, que era más alta de lo normal, había tenido que agacharse un poco para que su madre la estrechara.

Rose la cogió por la cintura y la condujo hacia el comedor. En casa de las Warren las cenas eran formales, con invitados o sin ellos, y madre e hija se vestían como correspondía. Tiffany lucía un vestido largo de color coral con lentejuelas de marfil que perfilaban el escote cuadrado. El de Rose era azul marino con encaje negro, aunque su resplandeciente cabello pelirrojo contrarrestaba aquellos colores tan lúgubres. Solo uno de los cuatro hermanos Warren era pelirrojo como Rose, Roy, el tercero. Los otros dos eran rubios como su padre. Solo Tiffany, con su pelo rubio rojizo, tenía una mezcla de los colores de sus dos padres.

—No volveremos a hablar del tema hasta que llegue la hora de hacer las maletas —le aseguró Rose mientras se sentaban una a cada extremo de la larga mesa.

—No pasa nada, mamá. Me había convencido de que no iría, pero ahora que sé que sí que iré, tengo algunas preguntas que hace tiempo que debería haberte hecho.

Tiffany se dio cuenta de que tal vez no tendría que haber añadido la parte de «hace tiempo». Un destello de recelo cruzó el rostro de su madre antes de responder con una sonrisa.

—Por supuesto.

—Sé que el Expreso Transcontinental puede atravesar el país hasta California en el tiempo récord de cuatro días, y que Chicago ni siquiera está a mitad de esa distancia. Agradezco que vayas a viajar conmigo hasta allí, pero ¿por qué prefieres quedarte en Chicago en vez de volver a casa a esperar el resultado del cortejo?

—¿Es eso realmente lo que te preocupa?

Tiffany rio entre dientes.

—No. Lo que no entiendo es que si vas a llegar tan lejos, no veo por qué no podrías hacer todo el viaje hasta Nashart. ¿Por qué pasar dos meses en un hotel cuando...?

—Chicago es la ciudad importante más cercana que me ofrece las comodidades a que estoy acostumbrada.

—Vale, pero ¿no hay un hotel en Nashart?

—No lo había la última vez que estuve allí, solo una casa de huéspedes. Tal vez ahora sí que lo haya, pero no podría esconderme en un pueblo tan pequeño. Hay demasiada gente que se acuerda de mí. Frank se enteraría y empezaría a echar puertas abajo.

Tiffany la miró con incredulidad.

—¿Echar puertas abajo? Estás exagerando, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿por qué no vino aquí y echó abajo nuestra puerta? —inquirió Tiffany con un punto de irritación que, por suerte, su madre no pareció advertir.

—Porque sabía que lo habría hecho encarcelar —respondió Rose antes de añadir con fastidio—: En Nashart nadie pestañearía siquiera ante un comportamiento tan vandálico.

—¿Por qué no?

—Porque todavía soy su esposa y todos lo saben.

—¿Y cómo es eso, mamá?

Ahí estaba, flotando en el aire entre ellas, la pregunta que más interesaba a Tiffany y para la cual jamás había tenido una res-

puesta satisfactoria. Sus padres llevaban quince años separados pero no se habían divorciado para poder volver a casarse. Y Rose todavía era una mujer hermosa. Ni siquiera había cumplido los cuarenta.

Los padres de Tiffany se habían conocido en Chicago cuando Rose había ido a visitar a su tía abuela, ahora ya fallecida. Su última noche en la ciudad, Rose había asistido a una cena que daba un amigo de su tía, que era el abogado contratado por Franklin Warren para negociar ciertos contratos de ganado que había ido a firmar a la ciudad, de modo que también lo habían invitado a la cena. Tras haber estado charlando entre ellos aquella noche —toda la noche, en realidad—, Frank subió impulsivamente al tren de Rose al día siguiente y la acompañó hasta Nueva York, donde comenzó un ardoroso cortejo que a ella le hizo perder la cabeza. Se casaron al mes siguiente. Y eso era casi lo único que sabía Tiffany sobre la boda de sus padres.

Como Rose no respondía a la pregunta, añadió con reproche:

—Daba por sentado que cuando cumpliera los dieciocho me contarías por fin por qué estoy viviendo aquí contigo mientras mis hermanos lo hacen en Montana con mi padre.

—No hay nada que contar —dijo Rose evasivamente, y empezó a tomar la sopa que acababan de servirles—. Tu padre y yo no estábamos hechos el uno para el otro.

—Pues lo estuvisteis el tiempo suficiente para casaros y tener cuatro hijos.

—No seas impertinente.

—Lo siento —dijo Tiffany con una mueca de pesar—. Eso ha estado fuera de lugar. Pero, mamá, por favor, ya soy lo bastante mayor para saber la verdad, y me gustaría saberla antes de conocer a mi padre.

Rose siguió comiendo. Parecía dispuesta a fingir que no estaban manteniendo aquella conversación. Tiffany todavía no había tocado su sopa. Se debatía entre ponerse terca o rendirse, cuando Rose dijo finalmente:

—Nos casamos precipitadamente, Tiffany, antes de descubrir

lo poco que teníamos en común. Y él no me advirtió con antelación de aquella enemistad que iba a entrometerse en nuestro matrimonio. Aun así, yo intenté que lo nuestro saliera adelante. Yo lo amaba, ¿sabes?

Y todavía lo amaba, pensó Tiffany, pero no lo dijo. Su madre seguía evitando la pregunta. Que le dijera que Frank y ella no tenían nada en común era una simple excusa para no tener que contarle el auténtico motivo que la había llevado a separarse de su marido.

—Me habría divorciado de tu padre —añadió Rose— si hubiera tenido un motivo para ello.

—¿Te refieres a otro hombre?

—Sí. Pero jamás lo hubo. Y en realidad, dudo incluso que me hubieran dado el divorcio. Poco tiempo después de que me escabullera, llevándote conmigo, me dijo que se opondría al divorcio.

—¿Te «escabulliste»?

—Sí, a medianoche, para tomar la diligencia a primera hora de la mañana y cogerle ventaja a Frank. Entonces el ferrocarril todavía no llegaba a Montana. Y mi doncella le hizo perder tiempo ocultándole que me había ido y fingiendo que yo estaba enferma.

Tiffany estaba fascinada. Era la primera noticia de que su madre había dejado Montana como una fugitiva. Aunque si al despertarse Frank no había reparado en su ausencia...

—¿No dormíais en la misma habitación?

—No, en esa época ya no.

A Tiffany el tema no le causaba ningún rubor, por lo que le resultó extraño que su madre se sonrojara de repente. No había visto a su madre ruborizada ni siquiera cuando un par de años antes le había dado a su hija toda la información que tenía que saber sobre la vida matrimonial. Pero si el matrimonio de sus padres se había deteriorado al punto de no compartir dormitorio, Tiffany ya tenía en gran parte la respuesta. Rose debía de haber dejado de amar a su marido, así de sencillo. O eso o que Franklin Warren se había convertido en un mal esposo, tanto como para que Rose ya no soportara vivir con él. Y esto último

era algo que Tiffany quería saber antes de presentarse en su rancho. ¿Y si trataba de impedirle que se marchara en caso de que ella decidiera no casarse con Hunter Callahan, del mismo modo que había tratado de evitar la marcha de Rose?

Pero Tiffany le ahorró responder a la pregunta, ya que su madre parecía muy incómoda con el tema. Y Tiffany todavía sentía curiosidad por cómo había logrado escapar, especialmente porque ahora tal vez le tocaría hacer lo propio.

—¿No es más rápido un caballo que una diligencia? —preguntó.

—Sí, pero sabía que Frank nos atraparía, así que en el pueblo siguiente compré un billete de diligencia hasta la terminal de tren más cercana, pero no lo abordamos. Al contrario, nos escondimos en aquel pueblo.

—No tengo recuerdos de ese viaje, ninguno.

—No me extraña, con lo pequeña que eras.

—¿Así que nos adelantó?

—Sí. Era mucho menos angustioso saber dónde estaba que tener que mirar atrás constantemente. Le envié un telegrama a mi madre para avisarle que él llegaría y que estuviese alerta. No pudimos venir directamente a casa por la testarudez de tu padre. Se estuvo dos días sin dormir, yendo de un lado al otro delante de la casa, esperando nuestra llegada. Se quedó en Nueva York tres meses, aporreando cada día la puerta de esta casa. Un día incluso logró colarse.

—¿Y nosotras ya estábamos aquí?

—No, yo no estaba dispuesta a venir hasta que él se hubiera marchado de la ciudad. Tú y yo nos quedamos en casa de una vieja amiga del colegio, cerca de aquí. Mamá hizo arrestar a Frank, por supuesto, por haber empujado a nuestro mayordomo y registrar la casa de arriba abajo. Estaba furiosa con él porque su insistencia nos impedía volver a casa. Dejó que se pudriera una semana en la cárcel antes de retirar la denuncia a petición mía. Después de eso, Frank se rindió y volvió a Montana.

—Tal vez no se ha divorciado de ti porque todavía tiene la esperanza de que vuelvas con él —aventuró Tiffany.

—Oh, de eso no me cabe duda. Por mucho que yo dijera o por muy desagradable que me pusiera, él siguió creyendo que algún día volvería a su lado.

—¿Y volverás?

Rose bajó la mirada a la mesa.

—No.

—¿Y no crees que no haber tratado de obtener el divorcio le da falsas esperanzas? Después de tanto tiempo no seguiría negándose, ¿no?

—No lo sé. Dijo que se iría a la tumba casado conmigo. Es muy testarudo. Tal vez sí que me lo concedería, aunque como ya te he dicho, nunca he tenido ánimo para averiguarlo.

—Bien que os carteáis —dijo Tiffany con incredulidad—. ¿Por qué simplemente no se lo preguntas?

Rose sonrió irónicamente.

—En esas cartas no hablamos de «nosotros», Tiff. Lo hicimos durante un tiempo, al menos él lo hizo. Estaba furioso por mi inopinado abandono, luego desconsolado cuando me negué a volver, y después de nuevo furioso. Finalmente le hice saber que solo escribiría sobre tus hermanos y tú, y nada más. Una vez me escribió sobre nuestro matrimonio y tardé un año en responderle. Cuando finalmente lo hice, le advertí que a partir de entonces leerías tú sus cartas, así que en adelante se limitó a asuntos neutrales.

Todas las cartas que había leído Tiffany eran de tono cordial, algunas incluso divertidas, lo que indicaba que su padre tenía sentido del humor. Sobre lo único que escribía siempre era sobre el rancho, sus hermanos y gente a la que ella no conocía, amigos suyos y de su madre en Montana, gente a la que probablemente conocería una vez que llegase allí. Jamás en aquellas cartas se dirigía a Tiffany directamente, más allá de decir «dale a Tiffany un beso de mi parte». Pero también leía las cartas de su madre para él, y esta siempre le preguntaba si quería añadir algo. Ella solía hacerlo. Le había contado que había aprendido a patinar sobre hielo con su mejor amiga, Margery, y que le había resultado divertido caer sobre el hielo, aunque a nadie más se lo había

parecido. También le habló de David, un chico que vivía en su manzana y lo mal que se había sentido por romperle accidentalmente la nariz, aunque él la había perdonado y seguían siendo amigos. Le había contado lo del gatito que habían encontrado y perdido y que Rose y ella habían pasado semanas buscándolo. Compartía muchas cosas en aquellas cartas... hasta que empezó a sentirse agraviada porque él jamás la visitaba, ni una sola vez.

Aquel resentimiento fue a peor, especialmente cuando sus hermanos llegaban solos a su casa de la ciudad. Tiffany solía quedarse junto a la puerta mirando fijamente la diligencia de la que bajaban, esperando a que su padre también bajara. Jamás lo hizo. La diligencia se marchaba. Vacía. Después de la segunda vez en que eso ocurrió, así era como se sentía su corazón cada vez que pensaba en Franklin Warren: vacío.

Tiffany dejó de quedarse junto a la puerta con esperanza en su corazón y lágrimas en los ojos, y dejó de leer las cartas de su padre y de añadir nada a las de su madre. En aquella época tenía nueve o diez años, no lo recordaba exactamente. Después de aquello simplemente fingía leerlas, para que su madre no supiera el dolor que le producía la indiferencia de su padre. Era la única forma en que podía protegerse de algo que le dolía mucho. Trataba de alejar a su padre de sus pensamientos, como si no existiera, hasta que recibía una carta de alguno de sus hermanos que lo mencionaba y daba a entender lo mucho que lo querían. Entonces las lágrimas resbalaban por sus mejillas antes de terminar de leerla.

Sus hermanos tampoco sabían cómo se sentía. Los muchachos seguían hablando sobre su padre cuando la visitaban. Lo adoraban. Y era normal que así fuera, a ellos no los había abandonado. No se daban cuenta de que Tiffany no los escuchaba, o que les interrumpía para cambiar de tema. No soportaba que tuvieran que marcharse para volver con su padre. Se divertía mucho con ellos cuando estaban en la ciudad —jugaban y montaban en el parque, y ellos se burlaban de ella—. Daban la sensación de ser una auténtica familia, aunque su posterior partida demostraba que no lo eran.

—¿Me mentiste, mamá? ¿Realmente lo odias?

—Odiar es una palabra muy fuerte, nada apropiada. Es un hombre enervante. Su testarudez rivaliza con la mía. Tenía el tipo de arrogancia que se deriva de haber construido un imperio de la nada. Estaba en guerra con sus vecinos. A veces creo que en realidad disfrutaba con el conflicto. Había días en que temía incluso salir del rancho, pero él se empeñaba en decirme que no ocupara mi bonita cabeza con esas cosas. No puedes imaginarte cuán exasperante era. Me desquiciaba tanto que podría haber cabalgado hasta el rancho de los Callahan y emprenderla a tiros con ellos. Tal vez lo habría hecho de haber sabido manejar un rifle. Pero no, no odiaba a tu padre, es simplemente que ya no podía seguir viviendo con él.

—Y no vas a contarme por qué, ¿verdad?

—Ya te lo conté...

—¡Qué dices! ¡Nunca! Te engañó, ¿es eso? —aventuró la joven.

—¡Tiffany!

—Dime que sí. Es lo único que tendría sentido.

—Sencillamente éramos dos personas incompatibles para seguir conviviendo en la misma casa. Pero me importaba demasiado para abandonarlo y que pudiera encontrar a otra.

Casi sin parar a tomar aire, había aludido a las peleas para decir luego casi lo contrario. ¿Que él le importaba demasiado? ¿Qué había de tan horrible en la verdad para que inventara tantas excusas, ninguna de las cuales tenía el menor atisbo de verdad?

Y entonces Tiffany lanzó otra suposición.

—¿O tal vez tú encontraste a otro hombre y la cosa no salió bien?

—Basta ya, Tiffany. No hubo otro hombre. Ni otra mujer. Fue una tragedia y sigue siéndolo. ¿Por qué me haces revivirla?

Su madre sabía que aquella pregunta la frenaría. Y Tiffany se frenó. Quería muchísimo a su madre, pero había vivido demasiado tiempo con el dolor del abandono de su padre. Y ahora que finalmente iba a conocerlo, temía que aquel dolor se vertie-

ra en forma de recriminaciones en cuanto llegase allí, porque si bien su madre tal vez no odiaba a Frank Warren, Tiffany estaba segura de que lo que ella sentía por él tenía que ser odio. Era demasiado fuerte para ser otra cosa.

Santo cielo, con lo que le había costado a Tiffany poner hielo en su corazón y fingir indiferencia por la indiferencia de su padre. Y ahora todo aquel dolor volvía de repente, desbordando su pecho, y volvía a sentirse como la chiquilla junto a la puerta, mirando fijamente una diligencia vacía.

—Lo siento —dijo—. Confíaba en que me dieras una razón para no odiarlo y no me la has dado. Iré a Montana para cumplir la promesa que hiciste, pero a mi padre tengo tan pocas ganas de verlo como tú. —Esta vez lo dijo sin gritar, lo que hizo ver a su madre que no era una simple declaración impulsiva, sino que lo sentía realmente. Y añadió—: Callahan puede ir a cortejarme al pueblo, ¿verdad? No tengo por qué quedarme en el rancho de papá, ¿no?

—¿Y qué van a pensar los Callahan si tú estás en guerra con tu padre? No es precisamente una garantía de que vaya a terminar su enemistad, ¿no crees?

—Vale —gruñó Tiffany—. Lo toleraré.

Rose soltó una carcajada.

—Cielo, serás cortés y educada. Te han educado para ser una dama. Y ahora dejemos este dichoso tema —añadió en un tono poco digno de una dama—. Cómete el pescado. Es probable que sea el último que pruebes en una temporada. Los ganaderos comen carne de res y nada más.

Tiffany asintió con la cabeza, pero no estaba acostumbrada a sentirse tan frustrada. A pesar de todo lo que acababa de decir su madre, seguía sin saber por qué se habían separado sus padres. Aunque si su madre no se lo contaba, tal vez su padre sí que lo haría...